

TRES ESTUDIANTES DESCUBREN LA "ODISEA" DE KAZANTZAKIS

En 1998, durante el segundo semestre se ofreció, en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, el curso electivo "El mundo de la *Odisea* de Kazantzakis". Asistieron 10 alumnos regulares y 3 oyentes. Ha sido el primer curso sobre esta obra que se da en nuestro país y muy posiblemente en el mundo hispanohablante. Presentamos a continuación tres trabajos "poéticos" de alumnos de ese curso. Obviamente no se trata de estudios propiamente tales, sino de impresiones acerca de algún aspecto del mundo de la *Odisea*.

I

LA RISA, EL VINO, LA FIESTA Y LA AMISTAD DE ODISEO Y SUS AMIGOS (Y SEMEJANZA ENTRE LAERTES Y TELÉMACO EN "LA ODISEA" DE KAZANTZAKIS)

Jorge Márquez

'Vosotros deberíais aprender a reír, mis jóvenes amigos, si es que, por otro lado, queréis continuar siendo completamente pesimistas!'

Friedrich Nietzsche

'Mis queridos amigos: ¡no hay ningún amigo!

Aristóteles

'Nada actúa o es movido a no ser a causa de un apetito de fin'

Santo Tomás de Aquino

La risa del personaje central Odiseo es casi tan importante como su llanto. Dado el abrazo de opuestos que integran su cuerpo y su alma, el sino profundo de este personaje no sólo es posible gracias al dolor sino también a la alegría de la riqueza de seguir y seguir, probar y escupir no prohibiéndose nada, no permitiéndolo todo sino lo que el sagrado momento indique. La risa de Odiseo aspira a la alegría total y eso es doloroso. Odiseo va de totalidad en totalidad. Su carcajada se extiende a todas las sonrisas de todos los hombres. Esta universalidad obviamente no es una elección ni un mérito: es una posesión. Como casi todos los que tienen grandes amigos, Odiseo es un ilustre solitario. La risa con sus amigos es enorme, despreocupada, etflica, leve, ciega, amarguísima, contemplativa, brutal, misógina, triste. Así es como al volver a su patria, el gran solitario convoca a una fiesta, signo ella de reencuentro y alegría. Tras la alegría, soledad y tristeza. Así las dos fuerzas siempre viven y mueren. El aprecio hacia la risa queda paradójicamente representado no en el acuerdo tácito que supone la amistad, sino en la

discusión entre dos amigos (rapsodia sexta, página trescientos veintidós): dice Odiseo a su fiel amigo Kárteros 'herrero sin sonrisa?'. También la broma forma parte de la soledad de esos amigos que son todos los amigos. El canto, bastión inexpugnable del hombre solo, está entre los artículos de primera necesidad de estos 'camaradas errantes', quienes no tienen entre los suyos ni a sacerdotes ni a comerciantes sino a Suralis, el músico.

Frente al cansancio o a la brava empresa, los amigos cantan, hermandad hermosa. Lo que representa la fiesta para quienes siempre están partiendo abandonando casa, padres, mujer, es algo estrechamente ligado con los compañeros de juego, los amigos. Así es como la fiesta para alguien que no tiene nada, pero anhela difusamente todo (incluso la muerte), tiene al parecer rasgos alienantes, desbordantes, rabiosos, como si el mundo fuera a acabar. Todo lo contrario es la fiesta para el mesurado dueño de casa, organizador, quien, se quedará a limpiar y a ordenar en un ciclo invariable y cristalino. El solitario y sus amigos poseen su amistad y la soledad propia. Eso es Odiseo. Eso es Centauro. El personaje de Centauro, que no fantasiosamente puede ser catalogado de grotesco, posee la delicadeza que no tienen los sutiles y delicados: la delicadeza de reír, beber, cantar, fornicar en soledad.

El vino es otro de los componentes de esta amistad certera formada al subir al barco de la vida. Posibilita el goce lúcido, también el olvido salvador, la risa entre los amigos y el llanto solitario. Odiseo dice que es bueno, pero no hay que caer como los que, con lenguas trapasas, ebrios, desafían a la muerte. El vino para los amigos debe crear alma y no estropear el cuerpo.

El goce de la conversación de los amigos es uno de los mayores placeres. Esto queda casi demostrado haciendo una breve cronología de Odiseo y sus amigos; se notará en ese caso que tras el desastre de la ciudad, muerto Centauro, Odiseo se aleja tristísimo perdiendo totalmente a sus amigos, variando absolutamente el goce y la manera de hablar. Propiamente Odiseo después habla, pero no conversa. Se notará que había una especie de esperanza danzante con sólo conversar entre amigos. Quizás de cierta manera, la creación de la ciudad era la meta de la amistad de todos ellos, faltando la ciudad-la amistad, viene la aniquilación personal. El mismo Centauro no sabía qué hacer con la libertad en ausencia del gran amigo montañés. La amistad era una actitud tan fuerte que había que agarrarse a ella. Queda retratada en la triste y emocionante muerte de Centauro, quien amaba la vida y por eso aceptó la muerte, quizás sabiendo que Odiseo al morir se reencontraría con todos sus amigos en el instante polar.

Padre e hijo de Odiseo, Laertes y Telémaco. Uno le provoca repugnancia y el otro decepción. Repugnancia por entregarse al destino que representa la tierra y decepción frente a la sutileza de medir y medir, pero nunca sobrepasar la vara. Abuelo y nieto se encuentran naturalmente en la diferencia con el arquero. La muerte campesina de Laertes significa un reencuentro con la dulce tierra, rodeado de animales fieles. El ciclo concluye en el recibimiento de la tierra para con uno de sus hijos. Telémaco se queda cumpliendo otro ciclo: el de monarca. Y los ciclos siempre concluyen y se repiten. A Odiseo no le recibe nadie, él no cumple ningún ciclo, él se desmaterializa, no cae a ninguna madre. Odiseo quizás ni siquiera está cansado. Él anda en el aire y no sólo en los recuerdos. Incluso él es una excepción familiar. Su esposa le es extraña; ella es fuerte, silenciosa, lúgubre. Telémaco ama a su esposa; Laertes ama la tierra. La tierra y la mujer no se mueven. El mar se mueve siempre; los amigos, los grandísimos amigos se mueren, ninguno resucita. Laertes evita a su hijo. Telémaco no comprende a su padre: los dos aman cosas rígidas. Odiseo ama a Centauro que muere aplastado. Lo no movible es la semejanza entre Laertes y Telémaco. La diferencia de Odiseo es lo marítimo.

II

LA FIGURA DE CARONTE EN LA ODISEA DE KAZANTZAKIS

Claudio Guererro V.,

Sólo un instante es la vida, y la muerte es infinita.
N. Kazantzakis.

Hay que vivir de obsesiones, de patologías, si se quiere.

Las horas han pasado lentamente. Y uno quisiera poder develar con una conciencia clara y lúcida, todo lo posible, todo lo lúcidamente caótico que está representado en la *Odisea* de Kazantzakis.

Asimilar el grito infinito.

Este libro me ha desbordado. Me ha quedado grande. No he podido congeniar el paso lento de las horas con una lectura totalizante. He podido leer la *Ascesis-Salvatores Dei*, la *Comedia-Tragedia en un acto*, *Cinco poemas en tercinas* y algunos artículos. Hace muchos años, en el colegio, leí *Cristo de nuevo crucificado*, y aún todo me parece una tentación de infinito que desborda, que no llega a ser comprendido a cabalidad, sino que únicamente resulta una tentativa, una aproximación nada más.

Kazantzakis en su libro no presenta tanto un desarrollo ensayístico de las ideas, sino que éstas se van mostrando a través de la acción. No desarrolla tanto pensamientos, reflexiones, sino que acciones que encarnan en sí mismas ideas. Estas ideas están focalizadas básicamente en el accionar de Ulises, también en episodios secundarios, por lo que el narrador queda más bien en un segundo plano, como mostrador de escenas y escenarios objetivos.

El proceso mismo de la búsqueda espiritual, de la creación y destrucción de dioses, del camino de la libertad, de la asimilación con la tierra, del vencimiento en la conciencia de la muerte, es un itinerario dado sólo a unas pocas personas. A esas personas que quieren gritar. Al hombre "patológicamente" inconforme.

Es una resultante que se desprende del libro mismo: inconformidad. Llama a otras lecturas, llama al movimiento, a la acción. Eso se puede entender. Pero cómo entender el origen de todo esto y cómo saber adónde se va a llegar.

Tres estudiantes descubren la "Odisea" de Kazantzakis

Lo agradable de la *Odisea* es que no pretende enseñarnos adónde ir, sólo nos muestra el ir. Y con eso basta. El estado espiritual necesario de la inconformidad. De la búsqueda.

Eso de que "mi vida entera es un grito, y mi obra entera es una representación de ese grito".

Eso del luchar por luchar, aunque no se alcance la victoria o la libertad.

Un llamado a reconocer al dios que cada uno lleva adentro. Interactuar con él, adorarlo orgullosamente, matarlo. Y nunca estar quieto. No basta con la contemplación. El poeta grita en cada uno de sus poemas, de la misma forma que el solitario orgulloso se mueve por la tierra. Es un rastreo certero. Un movimiento insondable. Tocar apenas por un instante el viento de lo absoluto. Gozar por un instante de plena libertad.

Intentar ser un poco como Ulises: hombre visceral, más irracional y pasional que frío y calculador, un superhombre orgulloso, solitario, altivo, ingenioso, sensible, inquieto, voluntarioso, un absoluto inconformista, anhelante de virtud y de dignidad, un poco la suma de la historia de hombres obsesionados, de grandes solitarios intranquilos: Jesús, Don Quijote, Hamlet, Fausto, Nietzsche, Lenin. Seres que se desviven por un ansia de totalidad.

Tenemos en Ulises a un héroe. Entonces, intentar entender un poco qué significa esto de héroe. Un escritor chileno, Juan Emar, escribió en su libro *Cavilaciones*: "Toda vida heroica es ese querer no ser lo que somos". Muy similar a un verso que aparece en la primera rapsodia:

Cuanto más supera el alma a su destino, más merece considerarse humano

O a otros varios que afirman lo mismo:

Llega hasta donde no puedas

Ama el peligro, el camino más pedregoso, el que asciende

El más alto deber del hombre sobre la tierra

creo que es combatir implacable a su destino y borrar lo que está escrito; ¡así es como puede el mortal llegar a superar al dios!

Querer ser otra cosa.

Un estado permanente de desvivimiento, para llegar a gozar de la vida plena. Como el que llega a estar lo más triste posible para comenzar a estar alegre.

El habitante que está en la tierra sin esperanza.

A cada instante habla Ulises de la importancia de luchar sin esperanza alguna, sin esperar nada. No hay nada que esperar de ella, "mísera, palabarrera

y de cerebro hueco”, sino que luchar por luchar. Esa es la única voluntad posible, la de saberse solo y abandonado: una ética férrea y voluntariosa. En la rapsodia décima:

Dichoso el varón aquel que en la tierra sin esperanza combate, cual si desierta estuviese la orilla y el espíritu sin dioses ni esperanza

Caronte es el consumidor de la esperanza. Caronte es la espalda de Ulises. Constituye la amenaza permanente. La negación de la vida. Es la sombra que tapa la luz de todo el vitalismo que se desprende del poema.

Este aparece nombrado de diversas formas, en diversas circunstancias. Pero su imagen recorre de principio a fin la trayectoria de Ulises, constituyéndose en su principal enemigo, en tanto destructor de la vida.

Sería imposible en un trabajo tan corto ser exhaustivo. Por eso he tomado las partes que más me han interesado en donde aparece la figura de Caronte, para mostrar de qué manera se desenvuelve en el poema y qué función está cumpliendo.

En la rapsodia primera aparece como el podador, un viejo mirlo, y trae en sus manos unos puñales.

En la rapsodia tercera es narrada la historia de Gusano. Es una historia bien peculiar pero no por eso deja de ser hermosa: ante la amenaza de la muerte, Gusano se une a su mujer en el amor, y con el beso vencen a Caronte, quien se aleja derrotado ante la pasión amorosa. Una alegoría sencilla de la oposición Amor-Muerte, “los dos trasnochadores”.

En la rapsodia sexta, trae en la mano una granada (el fruto, no el arma) y viene seguido de canes verdes y halcones colorados. Una imagen muy pictórica. Luego más adelante, en el epílogo de la rapsodia, tenemos a Ulises que está descansando pensando en su hijo y se queda dormido. Llega Caronte, “su viejo camarada”, a tenderse junto a Ulises, y ambos duermen abrazados. Y Caronte sueña por un instante con la Vida: sueña que todavía los hombres viven, que sale el sol, la tierra se renueva, pero en su sueño Caronte ríe secretamente, porque sabe que está soñando, que todo eso es “una fantasía de su mente cansada”. Se despreocupa Caronte, y la Vida pierde su pudor y comienza a agujonear a la Muerte, y el mundo germina y se llena de larvas y bandadas de aves, de fieras, y de humanos y de pensamientos, se aprestan a devorar a Caronte dormido. Una pareja de hombres se instala en sus narices-cavernas, encienden luz y la alimentan con la Vida. Pero al instante Caronte siente un cosquilleo en sus labios y narices, y despierta estremecido, esfumándose todo su sueño. Un sueño humano, y quizás un poco melancólico: el soñar con lo que no se tiene, o no se es.

Tres estudiantes descubren la "Odisea" de Kazantzakis

En la rapsodia octava, Ulises ha destruido el palacio de Knosos, y hambriento se dispone a comer un pedazo de pan. Entonces aparece "como una Muerte verde" un horripilante saltamontes que se posa en el bocado de Odiseo y lo mira fijamente con furia. Odiseo tuvo miedo por primera vez, se tiende y se queda dormido. En el sueño, vuelve a aparecer Caronte, esta vez como una flor negrísima, carnívora, que se agigantaba y extendía tentáculos, y que devora el brazo velludo del arquero. Por un instante, éste cree que se trata del Espíritu, pero pronto comprende que es una seña de Caronte. Odiseo responde airado ante la provocación de su enemigo y le grita que si acaso cree que él tiene un cerebro de hormiga como para vanagloriarse de la destrucción del palacio y, airado, le dice:

Caronte, los alcázares a mí no me enloquecen, no me trastorna el pillaje;
bien enjalmado es mi cerebro y no me bota;
¡ya al palacio —una piedra— lo arrojé detrás de mí y me marchó!

Y el arquero parte ansioso de humanidad. Esta es una muestra de múltiples diálogos que sostiene con la Muerte, y casi siempre éste es como un insecto que viene a molestar, a provocar, produciéndose este tipo de diálogos en los que resalta el orgullo y el temple vital de "el-de-los-mil-padecimientos". En la misma rapsodia, en el entierro de Stridás, clama Odiseo a los cuatro vientos:

Corresponde al varón digno resistir y morir
negando a la muerte, herrero, ¡con el alma entre los dientes!
No lloro al muerto como mujer, no golpeo la lápida
con insensata esperanza de que reviva, pero creo un deber
arrojar a la tierra un alarido hondo, incontenible,
¡y que sepan las potencias oscuras que con ellas no
concuerto!

En la rapsodia novena, Caronte es una serpiente. En esta rapsodia, además, la primera de las tres rapsodias de Egipto, hay una escena terrible en la cual se narra el paso de un cortejo fúnebre en el agua, y los muertos alrededor de todos se quejan amargamente, como aquel que dice:

No lloro porque mi bella esposa tomará nuevo marido,
ni lloro por mis hijos, niños son, todo lo olvidan;
¡sólo lloro por el pan y por la luz y por la dulce plática!

En la rapsodia decimoquinta, Odiseo ha bajado de la montaña para construir su ciudad ideal. Estaba reflexionando con su dios, cuando de pronto todos advierten que en la puerta del Sur se acerca una plaga gigantesca “de negras hormigas ciegas que se vierten devorando todo”. Se produce un momento de terror, pero el ejército de hormigas voraces se repliega y el pueblo vuelve a sus faenas, burlándose de la acometida de la Muerte. Mas, en la noche, Odiseo vuelve a soñar con la muerte: Pasaban las hormigas sobre él, y lo devoran, mas la carne volvía a renacer, y las hormigas volvían a dejar sus huesos. Durante toda la noche Odiseo sueña con este ir y venir de su carne, y sólo al alba llega a comprender que no eran las hormigas-Caronte, sino que los astros mudos los que se arrastraban sobre él y lo lamían.

En la rapsodia decimosexta, están Odiseo y sus amigos en un momento de descanso y felicidad. Caronte se aparece como una nube que viene a ensombrecer la dicha, y la tierra huele a azufre. Los hombres encaran al captor-de-almas, y la tierra se estremece con un estruendo sordo, que hace vacilar a los cuatro amigos. Se instan a combatir la muerte, pero se produce la tragedia y la ciudad entera es destruida por el violento volcán. Mueren Centauro y Pétrakas, y Odiseo siente que Caronte le ha ganado una batalla, y se prepara para una segunda ascética. Rocal, en medio de su desesperación exclama: “Ya pienso que Dios y la Muerte son una misma cosa”. Al final de la rapsodia, Ulises siente la libertad, siente su corazón sereno, se ha convertido en asceta y se reconcilia con el señor Caronte.

Por último está el final de Ulises, ya viejo, en la soledad absoluta, igualado a Caronte como compañero de viaje, quizás en las partes más sentidas del poema. Caronte acompaña al solitario, es el capitán del barco y luego se esfuma, desapareciendo de la proa. Odiseo queda en su barco-ataúd. Luego llega la desmaterialización del héroe y el triunfo de la nada. Antes, el arquero habla al barquero, en unos versos muy trágicos:

¡Caronte, cómo me has envejecido, cómo blanqueó tu cabello,
y las negras amarguras y tormentos de qué modo te han
lisiado!

Donde tu rostro cruzaron con espada, allí golpearon el mío;
donde se hirieron tus carnes, allí se hundieron las mías;
y entre tus cejas diviso una oruga pequeñita;
mi semblante inclino al agua y allí diviso el tuyo.

¡Caronte, mi gran asistente y perro de mi barco,
mi camarada, que merodeabas cual sombra en torno a mi
sombra la vida entera

y a veces te lanzabas adelante como un rey y a veces atrás
cual esclavo,

cómo fuiste atormentado y cómo envejeciste en la tierra
también tú junto conmigo!

Que seas bien venido, tiéndete ya y reposemos uno al lado de
otro.

Otros epítetos para el barquero: "el de los labios cerrados", "el negro
monarca del suelo", "el noble matador de los dolores", "el halcón", "gran
langosta verde", "gran mosca de mar", "cigarra", "escorpión", "blanquísimo
elefante", "pescador invisible y mudo", "octópodo" (pulpo), "oruga que se
pone en la cabeza del Tiempo anciano", "perro", "pavo real", "cisne negro",
"pastor-de-grandes-rebaños", "el más grande enemigo", "la postrer
compañera, con su mano fría", "el vendimiador", "con un cuervo en su puño
abierto", "topo negro", "viejo arconte", "primer pastor", "dragón-de-larga-
cauda", "el gallo negro", "sol negro", "ese amigo indeseado", "el cobrador",
"ese gran visitante", etc.

III

OCHO TEMAS DE LA ODISEA DE NIKOS KAZANTZAKIS

David Solís

"Me gustas, porque también tu corazón vaga por aquí y por allá y no
acepta fe alguna y en parte alguna se asienta. ¡Surcan las proas tu pecho y no
dejan en él huellas, un instante y la estela espumajea y se cierra y otra vez tu
herida, y yergues de nuevo los pezones y llamas a otros barcos!" (rapsodia
VIII-969).

El mar es la patria más amada de Odiseo, pues sus caminos para que
existan y tengan realidad deben ser sólo imaginados, pero nunca llegarán a
orilla alguna. Quizás el mar sea como aquél caballo desbocado y borracho que
después de ingerir un mal pasto comienza una insensata carrera que no
termina sino con su muerte. El mar se enfrenta a su muerte a cada momento y
a pesar de ello su aspecto para nosotros siempre será el de un ser al que se ha
sorprendido en un despreocupado juego, en un momento de dulce

tranquilidad. Su grandeza, sin duda, supera y absorbe toda la posible grandeza del alma humana. Es el animal inexplicable que serenamente se nutre de aquello a lo que más tememos. Inmenso como lo que no conocemos o no queremos conocer, ingenuo como un niño dormido en la esquina de un bote.

Tal vez sean los pescadores y navegantes los que más conocen a aquellos dios de agua salobre y tengan razón al decir que es una pequeña mujer que llora acurrucada en este rincón del cielo y que su aspecto triste y dolorido enamora a los varones "¡Maldita seas, mar amarga, que embrujas a los hombres!" (rapsodia V-20).

Pero si tan frágil es ¿por qué deja adivinar bajo sus olas tanto muerto, tanto sueño perdido, tanto silencio que jamás será escuchado?

Si algo de navegante hay en todos los hombres tal vez la presencia del mar en nuestras venas nos lo diga.

"Tú quisieras un mundo; por eso lo tienes todo y no tienes nada"

F. Holderlin

"y el arquero, sentado en medio, quedamente alimentaba las brasas, y gozaba viendo comer a las llamas, y en medio, quedamente alimentaba las brazas, y gozaba viendo comer a las llamas, y en tanto comen más hambrientas lengüetear, como queriendo aún más. ¡Venero vuestra ansiedad, mis grandes hermanas!" (rapsodia XII-1174).

La constante lucha e inquietud, la falta de paz duradera son rasgos del corazón del arquero y surcador de mares Odiseo, cuya desgracia y felicidad suelen confundirse en un mismo sentimiento: conducir los ojos del alma hacia el lugar donde esta se pierde y anula. La inquietud y el hambre de Odiseo, es la inquietud y la lucha por algo inabarcable y excelso, que conserva su belleza en el hecho de ser inalcanzable. La esperanza del matador de hombres es una lucha eterna que no traerá ninguna victoria, sólo el presentimiento de que algo inevitable carcome su fortaleza. Pero quizás sea esta batalla la que más atraiga a Odiseo del espíritu del hombre y de su destino de río, y la paz sea el verdadero mal que destruye, pues no cría alas verdaderas y sólo es capaz de detener y conservar

"¡Sólo el hambre nutre a dios y sólo la sed lo sacia!" (rapsodia XII-1132).

"¡Arriba mis muchachos; y veamos si tiene la tierra confines, y hasta donde da el alma sin que se rompa la cuerda!" (rapsodia XII-21). Una breve historia llega a nosotros desde una tradición sagrada: tres hombres, un niño, un hombre maduro y un anciano suben por un río en una frágil embarcación. Llegar a las fuentes del río venerable es el único horizonte de sus días y en ello ponen todas sus esperanzas. Pero el río no deja descubrir sus secretos tan

Tres estudiantes descubren la "Odisea" de Kazantzakis

fácilmente, y en la travesía mueren el abuelo y el padre, esperando que su vástago concluya la tarea de sus vidas. El niño, que ahora es hombre, continúa con la lucha que alimentó la sangre de sus antepasados, y el destino se repite invariablemente. El niño, que ahora es anciano, cree estar pronto de cumplir el más santo anhelo por el cual puede consumirse la vida de un hombre, pero fallece antes de descubrir el nacimiento del rey de los ríos.

De la boca de Odiseo nacen estas palabras para aquellos hombres que respetaron su destino:

"Dichosos aquellos ojos que más agua vieron en el mundo; feliz el espíritu altivo que la mejor esperanza blandió; bendito tú que después de remar toda una vida la corriente con los labios reseca, sin rocío y frescor, hacia el Hades descendes, para hallar las místicas fuentes eternas y saciar tu sed. ¡Hijo mío, el agua inmortal la guarda y la sirve el señor Caronte!" (rapsodia VIII-1290).

La bella perdición sin duda será lo que más recuerden las estrellas de la estirpe de los hombres.

"Dije que no deseo una hoja verde, que no quiero que plantéis flores en el feroz despoblado, por la senda donde vamos; pues junto a ellas se planta el corazón ¡y no se lo puede arrancar!" (rapsodia XII-627).

Hay una forma de vida a la cual no es capaz de acomodarse el raptor de almas. Una forma de vida que puede entenderse en la conjunción de un árbol, una casa, un hijo. Una forma de estimar que acostumbra a tener lo suyo en lo más cercano, sobre la tierra que la vista alcanza. Nuestras raíces, las huellas, los primeros errores, se encuentran en el contorno, en el hogar, que es lo que siempre permanecerá. El hogar es el lugar donde siempre retorna el alma para volver a ser de una manera antigua y abrigada. Sin embargo, Odiseo es el viajero sin retorno, cuya patria es sólo el puerto donde comenzó su viaje, el puerto adonde no piensa volver vivo, pues es en esta tierra, donde los cuerpos se abrazan y se quieren el uno al otro, separarse para siempre de mujer, hijo, padre y hacienda" (rapsodia XIII-1277).

A nada teme más un solitario que acostumbrarse a la seguridad de un abrazo, donde se es más que uno, pero que por lo mismo impide cumplir los imperativos más fuertes de la soledad.

El imperativo es solamente caminar, caminar por tierra extranjera: "¡Levántate cobarde, que se pierde la vida, vasto es el camino!" (rapsodia VIII-715).

Tu patria son sus viajes Odiseo, y obligado estás a despedirte de todo aquello que conserva tu alma intacta, pues necesitas errar por tierras donde nadie espera tu llegada con un plato servido y los brazos abiertos.

"Dije otra vez, hermanos, y lo repito y lo establezco por ley: en tanto dure esta expedición - y lejos está el fin -, ¡no quiero yo que nadie plante en el suelo una hoja verde! Pues quien posee un árbol, árbol se vuelve y crece con la tierra; y aquel que tiene casa, se vuelve umbral y tejado y ventana; ¡Y el que un hijo sostiene en sus brazos hasta a dios traiciona" (rapsodia XII-632).

"...que nueve ciegos cantaran la hermosura del mundo..." (rapsodia VIII-798).

Pero bendecir el mundo se logra en muy pocos momentos. Es necesario cierta calma y abandono de las preocupaciones como el que se da en la contemplación del contorno. Aquí el alma se torna lugar y como tal escucha apenas susurrado el paso del tiempo, que ya carece de sus rasgos fatales, para ser sólo un momento sin apuro de futuro alguno ni el remordimiento que trae consigo lo pasado. Estos momentos de consagración del devenir le bastan a Odiseo para exclamar: "¡Muchachos, que nunca se termine esta sagrada travesía!" "El hombre en medio de la naturaleza es uno más de sus elementos que madura en silencio sin que nadie lo note. El ánimo posee su lugar de donde extrae sus fuerzas y vuelve a su alma serena; observa a Creta, como quien observa el lugar donde la tristeza se sana y vuelve a respirar hondo y a ensanchar sus venas:

"Todo el mar es un telar, y Creta está sentada y teje; ¡venturosos los ojos, que en el piélago merecen contemplarla! Si débil eres, vuelas; si eres perezoso, te enardeces, y si cayeron sobre ti calamidades, vuelve a aclararse tu espíritu y olvidas toda la negra pena y levantando las manos bendices al padre y a la madre que te dieron el ser" (rapsodia V-355).

"De vez en cuando decía Miguel Strogoff a su
compañera::

-Háblame, Nadia
-¿Para qué, Miguel? ¿Acaso no pensamos lo mismo?

Un solitario, acostumbrado a depender nada más que de sus pensamientos y de sus pies, acostumbrado a despertarse con un nuevo presentimiento que no le incumbe más que a él; alguien que ha visto frustradas más de alguna vez sus relaciones con las personas del mundo, es difícil que vuelva al contacto con sus pares de una manera llana y sin complicaciones. La compañía se vuelve algo cada vez más escaso, pero a la

Tres estudiantes descubren la "Odisea" de Kazantzakis

vez menos necesario. El mucho estar dentro de sí mismo lo vuelve al hombre apático al contacto y lo deja con la creencia de que los propios sentimientos y experiencias bastan para poder transcurrir orgullosamente. El solitario decide marchitarse solo, sin queja alguna; para que su huella no la conozca más que él, para que la manera en que logra templarse y adquirir fuerza no la conozca más que él. Tal vez sólo un momento logra romper tanta lejanía y hosquedad, que es el momento de la amistad, que es la compañía de un alma gemela, que conoce o al menos intuye qué es lo que pasa tras los ojos de su compañero. Un hombre de la soledad sólo acepta a un compañero a su lado cuando sabe que aquel otro ya sabe el por qué de su situación. Cuando hay cosas entre ellos que está demás decir, pues son sabidas desde antes que se juntasen. Un amigo lee línea por línea el silencio de su compañero, pues tal como ríos que nacen de una misma fuente, lo principal, aquello inmaterial que supera a toda palabra ya está dicho entre ellos. El solitario no busca cambiar toda su desolación por medio de la amistad, sino escuchar palabras y ver acciones que provengan de una noble alma sin esperanzas.

Odiseo vio en sus amigos la posibilidad de ver embellecidos sus sufrimientos y anhelos, y no quiere de ellos la mera compañía. Y ellos respetaron su silencio y respetaron que su soledad fuese así y no de otra manera.

Aunque sólo es una idea antojadiza, sólo una conjunción de lecturas que quedaron en la retina, me fue imposible dejar de asociar la prostituta Perla que se cruza en el derrotero de Ulises y "La señorita Perla", el famoso cuento de Guy de Maupassant. Mientras una ha entregado por entero su cuerpo a la vida carnal, al dulce placer del cuerpo y el contacto, la otra se ha entregado por completo a un amor imposible y casto al cual no ha querido renunciar. Más allá del alcance del nombre, que fue la causa de la asociación, se puede vislumbrar en sus distintos destinos un sacrificio y una senda común. Destino común que Kazantzakis siempre resalta cuando desea mostrar "los caminos de salvación" que una mujer puede adoptar. Tal vez pueda decirse que en cada mujer se conjugan extrañamente este camino de guerrera y prostituta y aquel otro de niña y tierna madre. Sacrificio es la palabra que resume la grandeza de una mujer, sacrificio que en Perla la prostituta era depositar la flor del olvido en las mentes de los hombres que en la oscuridad la abrazaban y la recorrían con sus besos. El sacrificio en la señorita Perla era el silencio y resignación a causa de un gran motivo, esto era, la veneración y el recuerdo de un amor que no llegó a ser.

Odiseo insinúa esto hablando de Rala, la joven revolucionaria, la cual en un mismo carácter puede reunir estos dos corazones:

Primer corazón de Rala; "¡Cuántas veces no vi yo a las jóvenes, cuando una nueva llama surge, precipitarse encima para quemarse, mariposas nocturnas! Con el impetuoso torbellino olvidan el deber de la mujer y ya no aceptan niño, y cortan su rudo pezón de raíz, para que no les dificulte el juego con el arco; y libres, se lanzan a los ejércitos de dios, con un solo pecho" (Rapsodia X-460)

Su segundo corazón; "¡Calla, niño mío!, se oyó su voz, suave canto de cuna. Temió el terrible matador la dulzura femenina; cierra las cinco puertas del entendimiento y cavila temblando cuán hondamente hasta la niña más pequeña y virginal al hombre, por más que sea un dios, lo sostiene en su regazo como un hijo" (Rapsodia X-474).

Existe el día y la vigilia para Odiseo y sus compañeros de travesía y junto a ello el mucho padecer y poner el ánimo a prueba a cada instante. El día posee el orden de lo esperable, posee los acontecimientos que a la luz del sol exigimos; es siempre la cuerda en tensión, pero una tensión consciente que no se escapa en momento alguno de nuestras manos. Pero para Odiseo también existe la noche, la noche y el sueño, de quienes en cambio lo esperamos todo, no sólo el descanso, sino el sonido oculto de todo aquello que desea confesarse. "De este modo sobre el mundo terreno pasaba la noche con sus redes y cebaba dulcemente las cabezas, nutría las esperanzas, y lo que el día mezquino negaba, ella nos lo traía, presente envuelto en las hojas afelpadas del ensueño" (Rapsodia VII-357).

Lo que el día niega, la noche lo entrega generosamente, pero a la vez de una forma terrible y cruda. La noche puede ser serena y entregarnos la levedad de la sombra de un ave deslizándose por la arena, pero también es la puerta a nuestros ignorados sollozos. ¡Ay, si supiéramos cuanto sabe y esconde el corazón!" (Rapsodia IX-185).

Escucha constantemente el de mil travesías las palabras encantadas de la muerte que va diciendo quedamente la tierra, la roída por los gusanos. No sólo los huesos de sus antepasados que le salen al encuentro, también aquellos seres que jamás llegaron a nacer, o aquellos que murieron en la inocencia, no traspassados aún por el dolor de conocer.

Sus narices perciben a cada momento la inmensa verdad. El inmenso gemido que crece en cada planta.

Así le hablaba la devoradora de hombres:

"Abajo en los cascos negros, en las entrañas de la piedra, miles de capas de cuerpos se deshacen y solamente resta, albísima, inmortal, abierta, la

Tres estudiantes descubren la "Odisea" de Kazantzakis

risa de cabeza cadavérica. Pero arriba, negligentes, viven los vivientes y golpean los pies, golpean sus manos míseras en las tabernas bulliciosas, ¡salud! Y la muerte es un cuento, hermanos, y es el vino agua inmortal y bebemos y florecen nuestros huesos" (Rapsodia VII-1328).

"En pasados tiempos, antes de que naciera, sus ojos habían visto, sus narices olieron este puerto, denso y hondo, pero ¿cuándo y cómo? Interroga a sus entrañas, más no encuentra respuesta" (Rapsodia IX.162).

"...y debajo, boca arriba, los difuntos con las manos en cruz, con sus pechos llenos de aromas y de palabras encantadas, con una llave en los dientes, esperan que sus almas vuelvan a venir" (Rapsodia IX-360).

"Se estremecieron hondamente los ancestros en las entrañas de los vivos; no era polvo lo que subía y bajaba en la garganta; bebía el cuello cadáveres, los dientes rechinaban; granadas amargas de muerte gustaban, llenas de ceniza; estrechamente se unieron difuntos y vivientes y se agitó como guía, con el cabello erizado; con ojos sanguinolentos, el feroz genio del Hambre. ¡Todos juntos, muertos y vivos, peguemos fuego al mundo! (Rapsodia X-130).

"No soy yo quien habla solamente, y mi boca no es una celda estrecha, que sólo a una abeja deja pasar; un enjambre es mi boca y trabaja multitud innumerable. Y este mi cuerpo que cargo y conservo sobre la tierra no es uno, sabes, sino un ejército, que hace miles de años partió de costas lejanas para ir a saquear el mundo. Mis muertos no yacen en el polvo, no se descompusieron en las yerbas; todos van como viajeros en mi propia alma velera: "Sujeta bien el alma sobre el mar - me gritan los difuntos -, vive nieto, para que vivamos, y bebe vino para que bebamos, y cuantas mujeres o castillos no logramos gozar, ¡vamos!, con nuestra bendición ponle fin al deseo, ¡y que juntos contigo también nosotros besemos y abracemos! Porque debes saberlo, te plasmamos con nuestra propia entraña; para que completes lo que comenzamos, y para que heredes la brisa vacía del deseo y le des forma carnal; nosotros, las raíces madres dentro de la tierra, ¡y tú nuestra tersa flor!" (Rapsodia XIV-465).

"Toda su patria lejana, los viñedos, las praderas y los muertos con sus huesos blanquecinos y sus ojos vaciados siente que lleva en su interior, y él va adelante, delantero. Un dulce dolor presiona su espíritu, se rompe su corazón lleno de vivientes, no nacidos y de miles de muertos" (Rapsodia XIV-485).

- ¿Qué nacería tras la muerte de Odiseo sobre los mares del sur?

- Tal vez un oscuro brillo en los ojos recién abiertos de su nieto?